



¿Mi primer café? Con Vicenta

Sergio Salazar*

“CAFÉS DE UN CAFÉ OSCURO SON TUS OJOS; CON TINTES luminosos de pasión...” Así empezaba una exquisita canción que no debe de tardar en regresar, ya que aunque es verdad que las morenas están en proceso de desaparición, el uso de pupilentes de color no es tan generalizado como teñirse el cabello de rubio. Por cuestiones históricas, los ojos de color de café seguirán siendo los más abundantes en la nación. Sí, anoté de *color de café* porque ésa era la manera en que nos corregía nuestro profesor de anatomía comparada y experto en mamíferos. La alternativa era llamarlos pardos o morenos aunque es remoto que alguien lo haga en la actualidad. Es cierto que puede lucir como un atavismo cultural pero sirve de entrada a esta mezcla de recuerdos y reflexiones que, en torno del café, quiero compartir con ustedes.

La chimenea de mi bisabuela, Vicenta de la Cruz, estaba como a un metro del suelo, un poco alta para ella, y tenía siempre un leño encendido. La leña era de mezquite o de huizache, que tienen aromas suaves y producen buena llama; en un gran comal ponía una ollita de peltre, tan ahumada que no se apreciaba ni el recuerdo del color original. Un poco de agua de la llave, unas cucharadas de café molido y una cantidad similar de azúcar; minutos después, el aroma exquisito nos alcanzaba en el solar que mediaba entre su casa y la nuestra. Vicenta combinaba el placer de beber café azucarado con pan de sal, francés o margarita, o a veces pan de dulce, conchas o manos, remojándolo ya que le faltaban varios dientes.

Los niños teníamos prohibido beber café porque era *para grandes* y podría afectar nuestro crecimiento. Mi bisabuela era pícara y para contrariar a mamá me invitaba a compartir, a hurtadillas, el rico sabor de la combinación. Así, pude disfrutar este placer de viejito cuando contaba con apenas nueve años. La travesura duró hasta que se me ocurrió remojar el

pan en el café de mi mamá y la reprimenda no se hizo esperar. Tuve que dejar mi relación agradable con esta bebida cuando apenas empezaba a disfrutarla.

Tomar café es una cuestión cultural o de necesidad. Cultural cuando por pertenecer a un grupo empieza uno a beberlo en reuniones u oficinas; por necesidad lo hacemos para resistir mejor los desvelos del estudio o para recuperarnos de una desvelada. Cuando vivimos en La Paz aprendimos que aligeraba el bochorno porque despabila y facilita la transpiración, aunque debo confesar que parecía absurdo que con clima tan caluroso la gente prefiriese bebidas calientes. Sin embargo, cuando nos movimos a Veracruz, realmente nos hicimos aficionados y viciosos del producto; un poco el frío en Xalapa o en Cardel durante los nortes, y otro poco el gusto por la bebida, nos empujaron al vicio. Vicio porque es un estimulante poderoso que genera dependencia, ¿no? Pida a un bebedor de café que lo deje todo un día y comprenderá mejor el asunto. Es socialmente aceptado y es deseable que no se desaten campañas para abatir su consumo.

En La Habana podía uno tomar un expreso en muchos lugares y aprendí que prefiero el americano (capuchino raramente) y es que algunos expresos me hacían sentir el estómago perforado. En realidad, me gusta más unos minutos después de servirlo y sin azúcar para disfrutar su aroma, pero reconozco que no soy catador y lo distingo como bueno o regular; envidio a los conocedores, pero por mi ignorancia me queda sólo disfrutarlo.

En París vimos muchas variedades de café... de Colombia; por supuesto, los colombianos afirman que es el mejor del mundo, pero decimos lo mismo los ticos, los brasileños y los paisanos de casi cualquier país productor. Un experto me comentó que incluso entre el cultivo orgánico y el tradicional no había diferencia en el sabor, sino que lo que se vendía era la sensación de preservar el planeta, algo en lo que ojalá más personas estuvieran interesadas. Vicenta nunca se preocupó de eso; como muchos, sentía que había tantos recursos, que sobraban previsiones y demás. Confieso que me agrada recordar a la viejita y celebro su travesura de contagiarme el gusto por beber café. Espero que la próxima taza que usted tome le haga reflexionar sobre nuestra tarea de preservar el planeta, aunque ni Vicenta ni yo podamos decirle cómo. ☉

* Sergio I. Salazar-Vallejo es investigador de ECOSUR Chetumal.

